

## Los ecos de una catedral



En todos los países, en todo el mundo nos encontramos rodeados de los grandes ecos de las más hermosas catedrales, mismas que resguardan el tesoro más hermoso: a Dios mismo, a la vez que abren sus puertas para acogernos y llenarnos de ese aroma que es tan especial.

Somos dichosos de escuchar el sonido de sus enormes campanas, en algunas la melodiosa música de un órgano provoca una introspección que puede hacer sucumbir al más débil y ajeno de ese lugar. Las catedrales con sus innumerables formas, figuras, estado arquitectónico revelan la vida de los habitantes a los que siempre observan, nos dicen cómo es el lugar, cuánta fe existe, nos hablan en un sentido figurado de cómo se vive todos los días allí.

Es además una dicha poder recorrerlas y tener un asiento el cual nos permite orar, hablar con Dios, o tan sólo observar su grandeza, meditar en silencio y escuchar los pasos y el murmullo de quienes asisten a ella.

En la actualidad, las catedrales de distintas partes del mundo se han visto allegadas de un sin fin de turistas que les prestan atención con la única finalidad de ver a un monumento histórico, y se pierden la gran oportunidad encontrar en ella el silencio de María que ruega por los hombres, al silencio de los santos que han vivido un existencia igual que la de todo hombre, y el mayor de los silencios el de un Cristo resucitado que abraza continuamente a cada uno de esos “visitantes”, a los que lamentablemente solo les interesa la fotografía del recuerdo.

Asistir a una catedral es tomarse el tiempo y la delicadeza de un momento presente que

no se verá asechado por la fugacidad, sí la fotografía que tomamos se queda en el corazón, si al tocar las pilas saboreamos del frío del agua bendita, si nos reclinamos en las bancas y agudizamos nuestros oídos para sentir el ruido de la madera, si aspiramos lentamente y aguzamos los sentidos para vivir plenamente la oportunidad de estar en el lugar sagrado donde Cristo vive y reina, entonces la simple imagen plana que conservará la fotografía se convertirá en una imagen que deleitara los sentidos y las emociones de los hombres y estará presente con nosotros toda la vida.

Dicta un viejo preludeo *quien no visita la catedral o iglesia del lugar que está conociendo es como no haber estado allí nunca*, tal riqueza y dicha proporciona el recinto sagrado, en el que se puede cerrar los ojos y desnudar el alma; en el que se puede tocar la mano del otro y desearle la paz. Más que monumentos históricos, es un momento de vida, de aliento.



*El vocablo catedral deriva del griego καθέδρα (cathedra) que se traduce como asiento y se refiere a la presencia de la silla o trono del obispo o arzobispo. Por tanto, pese a usarse como sustantivo, la palabra catedral era adjetivo en la expresión iglesia catedral, del Latín ecclesia cathedralis.*

*La cátedra, por tanto, simboliza la importancia de esa iglesia dentro de la diócesis, señalándola como cabeza de la misma.*

Pero al mismo tiempo, nos ofrece un asiento a nosotros, la grey amada de Cristo que conforma y ayuda a la cabeza al ejercicio de la fe y la acción de la evangelización.

Así que cuando visitemos una catedral, no sólo tomemos la fotografía del recuerdo, hagámosla nuestra.

Por: María Velázquez Dorantes / [mary\\_vd@hotmail.com](mailto:mary_vd@hotmail.com)  
17 de Julio de 2006